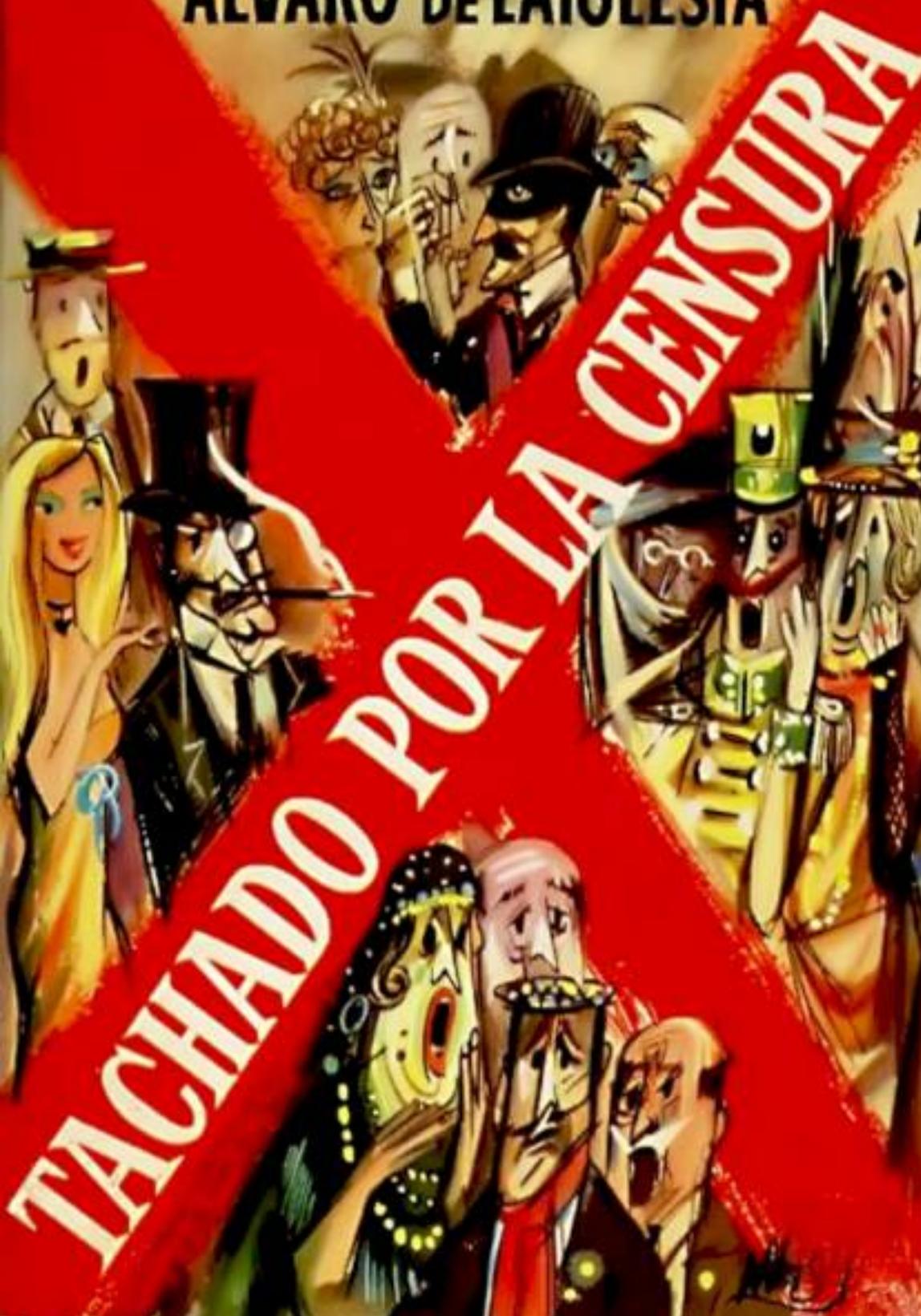


ÁLVARO DE LAIGLESIA



La plácida vida del minúsculo principado de Burlonia, prácticamente inencontrable en el confuso mapa de los Balcanes, se ve azotada, tras la declaración de hostilidades de la II Guerra Mundial, por la invasión, en primer lugar, de las tropas hitlerianas y después, cuando se produce la desbandada de éstas, por el ejército rojo, que convierte al diminuto país en una república soviética. Una particular variación humorística sobre la gran guerra europea y sus consecuencias, de la mano de Álvaro, que nos ofrece un alegato antibelicista y a favor de la buena vida.

## Decía no sé quién que no sé qué.

(En sustitución de esta frase, los lectores deben poner una cita cualquiera de cualquier autor famoso. Yo no he tenido tiempo de seleccionarla, porque ando siempre muy ocupado creando mis citas propias. Pero siempre resulta bonito empezar un libro con un pensamiento ajeno. Bonito y barato, por ser este adorno completamente gratuito. Se acostumbra a citar colegas ilustres desaparecidos hace muchos años, que ya son del dominio público y no pueden exigir el pago de sus derechos. Elija por lo tanto cada lector el pensamiento que le parezca más decorativo, y reciban todos mis más expresivas gracias por haberme ayudado a subsanar esta omisión).

ALVARO DE LAIGLESIA.

## PRÓLOGO IMPORTANTÍSIMO

EL PASO DEL TIEMPO abre fisuras en las creencias del hombre. Y estas fisuras llegan a ser tan anchas y profundas, que muchas de estas creencias se derrumban convirtiéndose en escombros de desilusión.

Se empieza la vida creyendo en el reinado de los Reyes Magos y se acaba destronando a puntapiés a los reyes de verdad.

Todos los sabios son escépticos, porque la sabiduría se alcanza trepando a una montaña formada en un gradual plegamiento geológico de decepciones. El hombre no es más que un niño, con más o menos barba, que se pasa la vida destripando sus juguetes para ver lo que tienen dentro. Hurga en el intríngulis de todo, hasta descubrir el feo mecanismo que hace funcionar las cosas bellas: la laringe del ruiseñor, el moscón que en sus patas peludas transporta el polen que fecunda las flores, el anticiclón que nos regala un hermoso día primaveral en pleno invierno...

Cada día ese niño grandullón y zangolotino, de curiosidad siempre insatisfecha, descubre un nuevo misterio y se lanza al descubrimiento de otro nuevo. Y a medida que avanza hacia la madurez, deja en su camino una estela de cosas que dejaron de subyugarle cuando, al saber su porqué, empezaron a aburrirle.

También a mí, en los kilómetros que llevo recorridos por el mundo, se me han roto algunas ilusiones. He ido dejando igualmente, al borde de mi camino, pequeños montoncitos de creencias cuyo derrumbamiento no pude evitar.

También yo creí de niño que, para curar el dolor de una caída, bastaba que algún ser querido me acariciase la zona dolorida salmodiando esta pamema:

*Sana, sana, culito de rana.  
Si no sanas hoy, sanarás mañana.*

También yo estaba convencido de que el primer amor podía durar toda la vida y el castigo a mis pecados toda la eternidad.

También yo creí que un ángel de la guarda guiaba mis pasos, hasta que tropecé con un cascote y me rompí un diente.

Más tarde, en plena juventud, creí igualmente que quien me tapaba los ojos y me decía: «¡adivina quién soy!», era una bellísima muchacha y no mi anciana tía Filiberta.

Miles de casos y cosas podría citar que al hacerme sufrir decepciones me hicieron bastante escéptico.

Pero todas esas tristecillas quedan eclipsadas a la luz de una alegría que me inunda de un modo constante, y que a duras penas logro contener para no ponerme a gritar de júbilo como un insensato. Una estupenda alegría que, al desmoronárseme cualquier ilusión delante de las narices, me levanta otra mayor y más seductora. Esta alegría, lector, que usted seguramente sentirá también, es la más sencilla y elemental de todas: la pura alegría de estar vivo.

Yo la siento de tal modo que todas las mañanas, haga frío o calor, abro de par en par el ventanal de mi estudio y entono a pleno pulmón un himno a la vida. Un himno largo y brioso, compuesto por mí en colaboración conmigo: la letra la escribió mi cerebro, y después le puso música mi corazón.

Y no comprendo por qué mi ventanal es el único que se abre a esa hora temprana, cuando los primeros rayos de sol se enredan en el humo de las chimeneas como cabellos rubios en cabelleras canas. Es en ese momento matinal, justa-

mente después del sueño, cuando todos mis vecinos deberían hacer lo mismo que yo: abrir sus ventanas y entonar cada cual su Himno a la vida.

Sería el minuto más hermoso de toda la jornada: ¡un coro compuesto por treinta millones de gargantas, entonando al unísono desde todas las ventanas del país el himno más colosal que ningún compositor haya podido imaginar!

Tiemblo de emoción al pensarlo.

Aunque esta unanimidad será difícil de conseguir, no me desanimo. Y mientras los demás, cuando saltan de la cama, se van directamente al cuarto de baño para afeitarse, yo sigo asomándome sin importarme que las mañanas sean frías o cálidas. Y después de carraspear varias veces para aclararme la voz, enronquecida por el sueño, canto con brío inusitado mi himno particular, cuya letra dice así:

*¡Gracias, Vida, por haberme permitido levantar los párpados una vez más después de ese pedacito de muerte que sufrí anoche! ¡Gracias por consentir que vea de nuevo tus infinitas maravillas! ¡Gracias por seguir concediendo a mi corazón regulares movimientos de sístole, e incluso de diástole, sin los cuales los riachuelos de sangre que me recorren dejarían de fertilizar con su riego mis tejidos celulares!*

*Nada me alegra tanto en el mundo como comprobar cada mañana que mi torrente sanguíneo sigue precipitándose en millares de canalillos cantarines llevando el sustento a la víscera más remota. ¡Hasta a la piel de la espalda en su parte superior, zona desértica que yo comparo con Las Hurdes del cuerpo humano, llega tu generoso sistema de regadío! Permíteme que te cante mi agradecimiento.*

Aquí intercalo un fuerte tarareo, a base de notas vibrantes y estentóreas, imposible de transcribir. Y después continuo:

*Es incomprensible, Vida, que jamás se te haya hecho un retrato oficial para poder admirarte. Un retrato simbólico en el que aparezcas en toda tu hermosura, y en el cual podamos inspirarnos cuando hablemos de ti.*

*¿Por qué la Muerte lo tiene, y tú no? Esa flaca asquerosa, que es tu enemiga mortal, comprendió hace tiempo la importancia de la publicidad. Y se mandó hacer un retrato publicitario, con gran tiraje de copias que reparte profusamente en todas partes.*

*Nadie ignora, gracias a este anuncio, cómo es tu antagonista. Hasta los niños conocen su aspecto repulsivo, y tiemblan al verla aparecer en las láminas de libros y catecismos.*

*—¡Es la Muerte! —exclaman sin vacilar, con un estremecimiento en sus tiernas columnas vertebrales, que no llega a ser un escalofrío, pero que sí es un escalofresco.*

*Sí, es la Muerte. Sólo una cínica como ella, se atreve a exhibir con ofensiva coquetería su infinita fealdad. Se retrata siempre con una carcajada horripilante en su boca. Y tiene la cara dura —durísima por ser ósea— de pretender mostrarse seductora, enmarcando el óvalo de su calavera con un pliegue del sudario que la cubre.*

*Hasta tiene la desfachatez de adoptar posturas femeninas, y cruza con desvergüenza sus esqueléticas piernas para enseñar, no sólo sus tibias y peronés, sino también sus rótulas y el arranque de sus fémures.*

*¿Será cochina?*

*Lo es, desde luego, pero ha logrado su propósito: que su retrato simbólico lo conozca todo el mundo. Es la más popular de todas las vedettes, aunque no tenga ni un solo admirador.*

Aquí hago otra pausa para tomar aliento, porque lanzo la parrafada anterior en un tono brillante y fatigoso. Y prosigo a continuación:

*¿Por qué tú, Vida, a la que todos admiramos, no tienes también un retrato? ¿Por qué al hablar de la Muerte podemos referirnos a la mirada de sus cuencas vacías y a la frialdad de sus besos sin labios, mientras que al citarte a ti no podemos decir nada concreto?*

*Tienes que retratarte, Vida mía, para que todos podamos guardar amorosamente una copia de tu retrato en la cartera. Y este retrato oficial, del que se harán millares de copias a todos los tamaños, me imagino que tendrá que ser así:*

*Una mujer de buena estatura, con la piel tersa y suavemente tostada por el sol. Su rostro será de una belleza clásica, serena y saludable. Tendrá los ojos grandes y bien abiertos, empapándose constantemente de toda la hermosura que encierra la Creación. Tendrá, sin duda, unos labios carnosos y muy rojos, para saborear los frutos y manjares que brindan los campos y el mar, con su inagotable surtido de árboles, carnes y peces. Tendrá también, estoy convencido, unas mejillas apetitosas, enrojecidas por la vida al aire libre. Y un cuerpo perfecto, cubierto por un casi imperceptible vello dorado. De todo el conjunto emanará un reconfortante perfume juvenil y vital. Bastará contemplar este retrato para sentirnos optimistas.*

*¿Me he equivocado mucho al hacer tu descripción? Creo que no, amadísima Vida, porque tú tienes que ser el vivo retrato de todo lo hermoso. No te ofendas si te digo que hasta me atrevo a imaginarte casi desnuda, como las estatuas, con una ligera y transparente túnica florida echada sobre tus hombros. Y en las manos, sustituyendo la horrenda guadaña que lleva la Muerte —¡hace falta tener mal café para lucir semejante adorno!—, me figuro que transportarás un cuerno de la abundancia rezumante de riquezas.*

*¡Lanza pronto este retrato, u otro parecido, y envíame a mí el primer ejemplar de la gigantesca tirada que encarga-*

rás para satisfacer la demanda de tus infinitos admiradores! Merezco esta atención, porque ten la seguridad de que nadie te quiere tanto como yo. Doy gracias a Dios constantemente por haberme permitido conocerte y disfrutarte. Tan feliz soy de sentirte dentro de mí —¿o de sentirme dentro de ti?—, que esto me compensa de todos los sinsabores. ¿Sabes que a muchos pesimistas les da rabia mi alegría constante y desbordante? Los muy estúpidos tratan de apagarla echándome jarritos de agua fría. No saben que ni con cataratas de agua helada, lograrían extinguir las alegres llamas que iluminan mi espíritu. Pero, no obstante, pierden su tiempo diciéndome con cara de pajarracos de mal agüero:

—Algún día, también a ti te visitará la Muerte.

Pero yo me niego a creerlo. Y soltando una carcajada que no llega a ser sardónica, pero que se aproxima bastante, replico:

—Cuando venga a visitarme esa esqueleta inmunda, le daré con la puerta en las fosas nasales. Y si intenta entrar por una ventana, procuraré arrojarla al patio de un empujón. Puede que ella gane al final la pelea; pero si quiere conseguir que la acompañe, tendrá que luchar conmigo a hueso partido.

Porque te quiero tanto, Vida mía, que me gustaría ser el primer hombre que jamás se separara de ti. No es fácil, lo sé, pero voy a hacer todo lo posible para no separarme de tu lado. Todas las desilusiones y desgracias son pequeñeces ridículas comparadas con la tragedia de perderte.

Aquí vuelvo a intercalar unas notas potentes, pero algo tristes, que se resuelven poco a poco en un sollozo conmovedor. Y entonces grito:

¡No, Vida! ¡No le resultará sencillo a tu gran enemiga deshacer el abrazo que me une a ti! He pensado muchas veces que seré capaz de resistir cualquier calamidad sin

que disminuya mi deseo de poseerte. He pensado también que si algún día tengo la mala suerte de caer debajo de un camión y pierdo una pierna, me levantaré del suelo con una sonrisa en los labios y seguiré mi camino a la pata coja repitiendo:

—¡Quiero vivir!

Lo mismo repetiré si pierdo las dos piernas. Aunque entonces, claro está, no podría alejarme del lugar del accidente a la pata coja, sino a la pata nada. Pero no por eso, Vida mía, dejaría de amarte. La merma de unos cuantos kilos anatómicos, no me parece motivo suficiente para desear separarme de mi amada.

¡No, de ninguna manera! Me atrevo a decir que si esas pérdidas de anatomía incluyeran también los brazos, yo seguiría repitiendo con idéntica tenacidad y el mismo entusiasmo:

—¡Quiero vivir!

Y voy más lejos aún: si en sucesivos accidentes poco afortunados pierdo también el tronco —¡todo el tronco, fíjate bien!—, mi cabeza, colocada encima de un plato, abrirá la boca para continuar expresando mi deseo fundamental:

—¡Quiero vivir!

Sí, así es. No exagero ni pizca. No hay mutilación lo bastante seria para arrebatarle mis ganas de estar vivo. Y para demostrarte hasta qué punto estoy enamorado de ti, me atrevo a ir ¡más lejos todavía! Muy poco más, porque ya llegué a la suposición de haber perdido el cuerpo completo, con sus extremidades correspondientes. Pero a pesar de todo, escucha:

Sigamos suponiendo que una criada, en un movimiento torpe, tira al suelo mi cabeza, que continúa viviendo encima del plato. ¿Qué ocurriría si mi cráneo se rompiera en mil pedazos, desparramando sobre la alfombra todo su contenido de materia gris? ¿Qué ocurriría si, después de enterrar piadosamente todos los trozos inservibles, quedara tan sólo

*en el suelo mi lengua, monda y lironda? Me hallaría entonces, lo reconozco, en una situación sumamente difícil. Pero ¿crees que por eso me iba a desanimar?*

*¡Oh, no, de ningún modo!*

*Sacando fuerzas de flaqueza —¡y qué flaqueza, Vida mía, sin más peso que los trescientos gramos escasos que calculo pesará mi lengua completa!—; sacando fuerzas de flaqueza, repito, me pondría en movimiento. Privada de cavidad bucal para articular sonidos, mi lengua se arrastraría como un reptil. O quizás avanzara con técnica de rana, dando pequeños brinquitos. No sé qué posibilidades locomotrices pueden tener los músculos linguales, pero no te quepa duda de que encontraría el medio de avanzar. Y saldría en busca de un paladar artificial en el que apoyarme para seguir diciendo las dos únicas palabras que jamás me cansaré de pronunciar:*

*—¡Quiero vivir!*

*Sospecho que no me será fácil encontrar este paladar artificial, imprescindible para dar resonancia a mi desamparada lengua. Pero daré con él. Quizá pueda servirme la cúpula de una catedral, cuyo abovedado techo tiene cierta semejanza con el interior de una boca gigantesca. O la cavidad de una campana vacía, en cuyo interior mi lengua en movimiento actuaría de badajo. No te preocupes, que ya me las ingeniaría para hallar un sitio lo más a propósito posible para que mi grito tuviera resonancia, y que el mundo entero supiese que:*

*—¡Quiero vivir!... ¡Quiero vivir!... ¡Quiero vivir!...*

Todas las mañanas, incluso las más frías, sin bufanda alrededor del cuello ni prendas de lana alrededor del cuerpo, entono este himno a la Vida por mi abierto ventanal. Porque la amo cada día más. Y necesito comunicarle que mientras quede de mí sobre la Tierra un pedazo de materia, mientras unas células que me pertenezcan sigan agrupadas formando un tejido, aunque sólo sea un retal, daré

gracias a Dios por haberla conocido. Y continuaré entonando siempre, a los cuatro vientos, esta sinfonía entusiasta con letra escrita por mi cerebro y música compuesta por mi corazón.

Sólo después de cumplir este requisito, cierro el ventanal de mi estudio y me meto en el cuarto de baño para afeitarme.

\* \* \*

Este libro es también un himno a la Vida. A esa vida maravillosa que yo adoro, y que muchos hombres apenas respetan.

Encuentro inconcebible que unos señores, por el mero hecho de ir vestidos con uniforme de un color, se crean con derecho a privar de la existencia a otros señores cuyos uniformes van teñidos de colores diferentes. Me parece monstruoso también que una leve diferencia de matiz en el tinte de una idea, obligue a grupos numerosos a intercambiar cachiporrazos hasta romperse las cabezas respectivas.

No trato de averiguar los motivos que nos han llevado en pleno siglo XX a este desquiciamiento colectivo, porque la gente dice que soy humorista y que no tengo ni un pelo de filósofo. Pero al menos trataré de poner un poco de bálsamo que mitigue el dolor de esas heridas que yo no puedo curar.

Hacer sonreír a un enfermo desahuciado por los médicos, para que olvide durante unos instantes las punzadas de sus sufrimientos, es también una bonita obra de caridad. No pretendo nada más, puesto que carezco del poder suficiente para resucitar las ganas de vivir entre los cretinos que disfrutan matándose.

Sin embargo, me atrevo a insinuar, con permiso de estadistas y pensadores, que quizás el origen de todas las mantanzas que venimos padeciendo sea menos complicado de lo que parece. Puede que todo se reduzca a un simple des-

censo de la buena educación mundial. Algunos pueblos por demasiado jóvenes, y otros por demasiado viejos, van olvidando la cortesía y el respeto a sus semejantes que les enseñaron sus mayores. Y se comportan entre sí sin ninguna corrección. Es sólo una hipótesis, pero me parece digna de ser tomada en cuenta.

Hace poco tiempo, un muchacho provinciano que sacaba a su familia una asignación para residir en Madrid con el truco de que estaba realizando prácticas de periodismo, me hizo una «entrevista» que nunca se publicará. Y me preguntó:

—¿Qué haría usted para impedir las bestialidades que se están cometiendo en el mundo actual?

Yo le contesté:

—Del mismo modo que en los parques se ponen carteles que ordenan «Respetad las plantas», pondría otros en las calles que ordenasen: «Respetad a los hombres».

A veces, las soluciones más simples son también las más eficaces. Pero mientras no se pongan los cartelitos que sugiero y veamos el resultado que dan, temo que las cosas sigan en el mundo tan mal como hasta ahora.

Trataré, por tanto, de recoger en esta novela algunas de las muchísimas insensateces que han ocurrido en estos años demenciales. Pero deformaré los hechos un poco —muy poco—, para que el lector pueda romper a reír y exclamar:

—¡Qué exageración!

Lo cual siempre es un consuelo. Porque gracias a estas leves exageraciones, los lectores conocerán muchas dramáticas verdades del disparatado planeta en que vivimos, sin entristecerse ni desesperarse. ¿Sabían ustedes que una de las múltiples explicaciones del humor es la de servir para dar malas noticias sin disgustar a la persona que las recibe?

Con esta intención escribí el libro. Y confío en que la dulce pulpa de mi prosa, lo mismo que en la fruta, suavizará la amargura de la almendra que guarda en su interior.

Bien mirado, saber que algunos congéneres son brutos y estúpidos, es una razón más para amar la Vida que ellos malgastan sin ningún provecho. Por mi parte, sé perfectamente lo que haré en cuanto ponga la palabra «Fin» en la última cuartilla del montón que tengo delante.

Sé que ese momento llegará una noche de agosto, cuando las noches en Europa son cálidas y empiezan a ser más breves.

Sé que, después de poner el punto sobre la «i» de la palabra «fin», me sentiré un poco asqueado de todas las brutalidades y tonterías que tuve que contar, envolviéndolas en el celofán de una sonrisa o en el papel de estraza de una carcajada. Me consta que el amargor de esa almendra real que metí en la pirotecnia de mis bromas, también me producirá un cierto mal sabor de boca.

Pero entonces levantaré los ojos de la última cuartilla, y lanzaré mi vista fuera del estudio, por el ventanal abierto.

El cielo, por encima de las casas, estará palideciendo para preparar la presentación de una radiante mañana de verano. Una nubecilla blanca —¿o quizá la *fumata* de una chimenea que anuncia gozosamente la preparación de un desayuno?— cruzará con graciosas ondulaciones mi campo visual.

Desde el suelo de la ciudad, subirá hasta mis oídos el crepitar de la gran hoguera vital que empieza a encenderse en el nuevo día: el pedorroteo de los camiones que acuden a abastecer los mercados, las campanillas de los carritos que forman la cabalgata de los traperos, el estrépito metálico de los primeros tranvías, la canción destemplada de una sirvienta madrugadora, el ritmo de una lección de gimnasia transmitida por la radio...

Veré entonces, por los tejados, la congestionada cara del sol estival, que meterá sus rayos por las rendijas de todas las persianas. Veré brillar las gotas de rocío en las hojas de las macetas. Y quizá, con un poco de suerte, oiré el trino

de un pájaro feliz que saluda a la mañana recién nacida con su voz de corcho frotado contra un cristal.

Y estoy seguro de que, al experimentar estas variadas sensaciones, me invadirá una intensa alegría. Tan intensa, que de un salto me pondré en pie y me asomaré al ventanal con los brazos abiertos. Luego, con voz vibrante y emocionada, entonaré mi himno a la Vida, cuya primera estrofa dice así:

—¡Gracias, Vida, por haberme permitido levantar los párpados una vez más y ver de nuevo tus infinitas maravillas...!

Porque, por amargas que sean las almendras que nos toque masticar, no hay nada tan hermoso como vivir en este mundo.